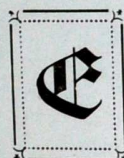


LEPANTO

Conferencia pronunciada en Yuste
el 3 de Octubre de 1971

Por el Profesor Ddr., Dr. H. C., **ALEXANDER von RANDA**

 El tema y el lugar recuerdan páginas gloriosísimas de la Historia de España y de sus más espléndidas figuras. El hecho de que me atreva a hablar en nuestros días de una batalla, y más aún de una batalla española, en este lugar, me impone una triple justificación.

Se afirma que nuestra época no siente interés hacia la historia de guerras y batallas. Dicha afirmación merece ser justificada. Hay algo de verdad en cuanto a Alemania, a la cual puede aplicarse la célebre frase de Saavedra Fajardo: «Nada me entristece tanto como Alemania, que debería ser grande por ser el país del imperio y que hoy es la esclava de todos». No se le puede aplicar a Italia que, caso curioso, tiene un verdadero culto por sus batallas; no es aplicable al Japón que, desde hace doce años ha vuelto a honrar no sólo a sus héroes, sino también a los llamados criminales de guerra; no es aplicable al mundo comunista, el cual exalta con verdaderas orgías conmemorativas sus guerras y sus batallas revolucionarias, aunque de manera primitiva y poco fidedigna. Así pues, no veo ningún motivo para no celebrar la batalla de Lepanto: una nación que no honra su pasado, carece de futuro.

Pero es una batalla española y por eso apelo a su comprensión como atenuante. Como mi ilustre amigo el Coronel Sánchez Morales ha dicho, soy conocido en mi país por la intensa lucha que sostengo con-

tra la reaparición de la Leyenda Negra, como asimismo por mi marcado interés por los problemas históricos hispano-austríacos. Lepanto representa un momento muy característico del período hispano-austríaco de la Historia, un momento cumbre del siglo español, como lo ha llamado Oswaldo Spengler, un siglo en el cual la concepción política del hispanismo ha sido «austriacismo» según la feliz fórmula de José María Jover, que puede definirse como el deseo de identificar a la mayor nación del mundo de entonces con su más grande dinastía «los Austrias».

Basten para subrayar la importancia del fenómeno, las palabras del gran historiador prusiano Lepoldo de Ranke que figuran en su obra «Los turcos y la monarquía española», obra aparecida hace más de un siglo. Dice Ranke: «la existencia del poder hispano-austríaco ha sido una suerte para la Cristiandad y merece la gratitud de todas nuestras naciones, pues fue idóneo y suficientemente fuerte para resistir a los turcos en Africa, Italia y Hungría». Nada mejor que estas palabras para resumir este fenómeno.

El problema de Europa a partir de la segunda Guerra Mundial está al orden del día y todos estamos convencidos que debemos convivir para sobrevivir. Mas en la época que nos ocupa ¿quién más europeo que el César Carlos, al cual llamó Menéndez Pidal, «Emperador europeo», y Tylor, Charles of Europe? ¿Quién más europeo que su hijo don Juan de Austria, capitán general de la Liga Cristiana? y ¿qué nación más europea que España, defensora del orbe católico contra enemigos de fuera y de dentro y cuyos estadistas pretendieron para sus reyes los títulos de emperadores y archirreyes de Europa?. Mi actual preocupación es la de crear una concepción de una historia, no fraccionaria, sino interrogativa de Europa, labor que me ha sido encomendada por la Fundación Europea Dragan y, sin duda, en esta nueva concepción de la historia, Lepanto ocupa un lugar preminente.

Sin querer aburrirles con demasiados detalles, quisiera recordarles la génesis histórica que condujo a Lepanto. Durante el primer siglo de la Edad Moderna, Europa fue amenazada por una potencia terrible y agresiva, que se extendía como una media luna inmensa desde los Balcanes hasta Berberia en Africa. Este enorme Sultanato, esparcido por tres continentes, era un Estado de esclavos y poseía una inaudita fuerza integrativa. Sus jenízaros, sus visires, eran hijos de cristianos, sus sultanes hijos de esclavas cristianas, y la suprema ley de todos era la guerra santa contra una Europa desmembrada. España, escudo de Europa, desde Canarias hasta los Cárpatos, había salvado Viena y Malta, isla de los caballeros de San Juan, cuya capital no se hubiera llamado

La Valette sin la ayuda española. Asimismo ayudó España a Austria, estado hermano en su defensa en Hungría. Cubrió a Italia en Cerdeña, Sicilia y Nápoles, aunque sin hallar mucha gratitud. Venecia, república eminentemente mercantil, se portó como «una manceba del turco», y los reyes cristianísimos de Francia pactaron con los sultanes. Aún más, en este siglo de guerras de religión, los estados protestantes no se sentían inclinados a ayudar a España, al emperador y, menos aún, al Papa. Los ingleses solían quemarle simbólicamente todos los años, lo que impulsó a que un visir del Gran Turco dijera: a los ingleses, para ser mahometanos, sólo les falta circuncisión. Los esfuerzos desesperados de Pío V para constituir, a la caída de Segete, una Liga Cristiana de defensa, parecían inútiles, Francia, Polonia y Rusia negaron su participación. De modo que los contemporáneos se asombraron al ver surgir esta Liga, a pesar de todo, y lo achacaron a un triple milagro y en verdad lo fue, pues, si llegó a constituirse fue gracias a haberse eclipsado un momento el espíritu comercial de los venecianos, gracias a un joven jefe ideal y también gracias al sentir religioso, patente en el culto del Rosario y de la Virgen de la Victoria.

El impulso vino, afortunadamente, del propio enemigo. José Miquez, portugués converso y más tarde padre del sionismo, instó al Sultán Selim II, el borracho, a que atacara la isla de Chipre, baluarte levantino de los venecianos: el momento parecía oportuno, ya que se había incendiado el mayor arsenal de Venecia. La Señoría veneciana pareció comprender que iba a arrepentirse de su coexistencia de treinta años con el enemigo jurado de Europa y se unió al fin, a la Liga, aunque no sin regatear. Se avino a pagar solamente la tercera parte de los gastos de guerra, pero renunció al proyecto de destruir la república de Ragusa, fiel a España y a su pretensión del Mando Supremo. y aquí surge la gran figura de Don Juan de Austria.

La personalidad de Don Juan tuvo, en su época, una pléyade de panegiristas, aun en el campo hostil a los hispano austriacos, porque solían, consciente o inconscientemente, oponer el joven héroe a Felipe II, sujeto predilecto de la leyenda negra. Además la personalidad de Don Juan atrajo con fuerza mágica a los románticos de ambos campos. Ya el idilio amoroso del padre había tenido aspecto de cuento de hadas. Se contaba que diez años antes de abdicar, el César Carlos, fatigado y enfermo, había parecido rejuvenecer. Se había librado de sus sufrimientos gracias a una cura, y se observó que el emperador tan serio siempre, al ser importunado por teólogos de ambas confesiones, se echó a reír. Era por entonces que Carlos, viudo desde hacía siete años, vivía su romance de amor con la burguesa de Ratisbona, Bárbara

Blomberg, la cual llevaba el mismo nombre —curiosa coincidencia— que otra mujer de nuestra época, causa indirecta del hundimiento de la primera república austriaca. Antes de que a Ticiano se le ofreciera la oportunidad de pintar el célebre cuadro del César, vende-



El profesor Alexander von Randa durante su magnífica conferencia dada en Yuste el 3 de Octubre de 1971, cuyo texto «ALCANTARA» se honra en insertar

dor en Müllberg, nació el hijo, fruto de su tardío amor. Se sabe como el niño fue criado en España, sin conocer su origen, cómo el emperador le vió aquí, en Yuste, y cómo después de la muerte de Carlos, tuvo lugar el novelesco episodio en un bosque cercano a Valladolid. Vio el joven estupefacto el brillante séquito de cazadores de Don Felipe y oyó, como en sueños, sus palabras: «La caza ha terminado ¡No había hecho jamás tan espléndido botín! ¡El César Carlos, que está en el cielo, mi padre, es también el tuyo!».

¡Cuánto se ha escrito sobre la profunda diferencia entre Don Felipe y Don Juan! Y cuántas fórmulas simplistas se han invocado para explicar los temperamentos tan diversos de los dos hijos de Carlos V, tan fieles a la memoria y a la herencia de su padre! Se han subrayado los veinte años que los separaban, aunque Don Felipe fue más activo en sus últimos veinte años.

La sangre portuguesa de Don Felipe y la sangre alemana de Don Juan no bastaban para explicar el amor al papeleo del primero y la preferencia para la guerra del segundo. Guerrero había sido Sebastián de Portugal, en tanto que la madre de don Juan no procedía de familia de guerreros. De Don Juan se cuenta, que amenazaba con echarse por la ventana si hubiese hallado a alguien más ambicioso que él; estas palabras mas me recuerdan la actitud de don Fernando de Austria, el Cardenal-Infante, destinado también a la carrera eclesiástica como don Juan, y asimismo, como él, de vocación eminentemente guerrera.

No menos se ha invocado la reticencia del heredero legítimo hacia el hijo del amor. Acusación que no resiste los hechos históricos. Don

Felipe mandó educar a don Juan junto con el príncipe don Carlos y Alejandro Farnesio. Sufrió cruelmente cuando su propio hijo atentó contra la vida de don Juan y pereció en prisión, pero, como rey responsable de España, ascendió a su hermanastro a las tres escalas meteóricas del mando supremo, o sea: contra los corsarios de Berbería, contra los moriscos de las Alpujarras y contra la gigantesca potencia naval del Gran Turco. Bien hiciera, porque mejor capitán que Don Juan no se hubiera podido hallar. En Nápoles, donde Granvella le entregó el estandarte, fue recibido ya con el entusiasmo general. Según relatos de la época, sus azules ojos brillaban de inteligencia y valentía. Nadie bailaba, montaba y esgrimía mejor que él, nadie superaba su constancia en el trabajo. No menos gustábale el conversar con sabios y hombres de arte. Mayor fue aun el entusiasmo manifestado por las tripulaciones de la flota en Messina, pero aquí se mostró prudente. No ordenó zarpar antes de que se hubieran reunido la totalidad de sus 300 naves. Así condujo don Juan la mayor flota que jamás saliera hacia Levante, a la costa griega, donde antaño, Octaviano había vencido a Antonio y Cleopatra: al golfo de Corinto, llamado entonces golfo de Lepanto.

Sigamos un relato de la época que cuenta, con acento dramático, los hechos: «Caminó la armada en una noche oscura, y cerca de la media, apareció una estrella muy grande, dando relámpagos tan enormes y resplandecientes que esclareció todo el cielo y el mar, como si fuera de día, cual leemos de las jornadas que tuvieron Iulio y Octaviano, Césares, y otros muchos emperadores». La noticia de la caída de Famagusta, último baluarte chipriota y la brutalidad usada por los turcos acrecentaron el espíritu combativo de los cristianos. Se sabía que, al amparo de los cañones de Lepanto, aguardaba la escuadra del Sultán, igual en fuerza. La mayoría de sus almirantes, especialmente el astuto Uluch Ali, renegado calabrés, opinaba que era mejor esperar en puerto los temporales invernales y la inevitable retirada de Don Juan, opinión contraria a la voluntad del Capudán Bajá Muezzin Sade Ali. Pero —segundo elemento dramático— llegó la orden del Gran Turco, de que salieran del puerto, con lo que su joven yerno vió realizable el sueño de elevar al sultán a soberano del mundo. Sucedió, pues que la batalla, no fue una batalla de Lepanto, sino que tuvo lugar cerca de las islas Escocholeares. Tercer elemento dramático: los cristianos se habían visto obligados, debido a las fuertes tramontanas, a remolcar sus galeazas pesadas por medio de galeras reforzadas. El viento cesó de repente y quedó «la mar tan tranquila como si fuera de leche, que hizo que nuestras galeras pasaran adelante sin trabajo y los turcos tuvieran que amenguar».

Cuando los rayos de un sol dominical alumbraron el siete de Octubre, se avistaron las primeras velas negras y, poco después, las banderas de la escuadra turca, dispuesta en forma de media luna. Pasó Don Juan revista a su armada, animando a sus soldados con el grito de: «¡Victoria o muerte!». Cuando se hallaron a tiro de cañón del enemigo mandó enarbolar los crucifijos y millares de cristianos se arrodillaron. El Capudán turco le invitó con un tiro de cañón a un duelo naval y Don Juan no tardó en darle su caballeresca respuesta. Triple mérito del joven héroe: Ser el impulsor de la gesta, desoyendo los consejos de los ancianos almirantes, entusiasmar a sus soldados y darles el ejemplo de su personal valentía.

Las seis galeazas venecianas debían recibir el primer choque enemigo. Los turcos, sin reparar en pérdidas, cruzaron la barrera de fuego de estos acorazados de la época e irrumpieron en el frente cristiano. «En medio de las espesas tinieblas, de la pólvora y del estruendo de la artillería y de la arcabucería, se mezclaban confusamente las galeras cristianas con las enemigas». En el ala de la izquierda los cristianos fueron atacados por nubes de saetas envenenadas, lanzadas por los egipcios, Barberigo murió de un tiro en un ojo. Más amenazada aún estaba al ala derecha, mandada por Gian Andrea Doria. La escuadra de reserva mandada por don Alvaro de Bazán, volvió a equilibrar la lucha. También en el centro, donde el Capudán Bajá embistió la «Real» de don Juan. «Comenzaba entre las galeras reales tan fiera batalla, que de cada parte llovían flechas, piedras, fuegos artificiales y balas de arcabuces, a vuelta de mucha sangre, e hiriéndose tan impía y porfiadamente hasta hacerse los unos a los otros pedazos, invitados así estos como aquellos por la presencia de sus generales».

Don Juan herido, siguió luchando con la espada ensangrentada hasta que los genizaros sucumbieron y el cadáver del Capudán Bajá fue engullido por el mar. En el transcurso de cuatro horas se decidió la mayor batalla naval de la historia; la mitad de las galeras turcas habían sido capturadas, las demás vagaban vacías cual ataúdes flotantes, o se estrellaron contra la costa. Solamente el corsario Uluch Ali pudo escapar gracias al extremo esfuerzo de su infelices remeros.

El héroe fue festejado a su regreso más que un rey. El Papa exclamó llorando: «Un hombre de Dios nos ha sido enviado, cuyo nombre es Juan», Le prometió un reino y, en efecto, algunos representantes de Albania y Morea, entre los que figuraba un tal «Signor Cantacuzino», le ofrecieron la corona. Pero don Felipe, aunque escribiera «después de Dios, a ti se te debe la victoria», se opuso a ello y durante el año siguiente la flota de don Juan estuvo al servicio de tres señores, y de

tres empresas diferentes. Los venecianos querían ir a Levante, don Felipe a Argel, y el Papa, cuyo supremo ideal hubiera sido la reconquista de Constantinopla y de los santos lugares, se murió. Por otra parte España debía protegerse contra un posible ataque de Francia, la cual había ofrecido una alianza al Gran Turco. Así,—según frase del historiador austriaco Welsse, cortó el vuelo del aguilucho hacia el sol. Cuando por fin volvió a juntarse la flota, había aparecido una nueva escuadra turca. El Gran Visir Mehmed Socolli, el Halcón, había dicho desdeñosamente al embajador veneciano: «¿Venís a saber cómo encuentro ánimo después de la derrota? Pues sabed que hay una gran diferencia entre nuestra pérdida y la vuestra. A vosotros, arrancándoos un reino,—el de Chipre,— os hemos arrancado un brazo; vosotros, destruyendo nuestra flota, nos habeis cortado la barba. El brazo no retoña y la barba crece más espesa». En efecto, gracias a la energía del visir Halcón y de Uluch-Ali en un solo invierno los astilleros turcos botaron ciento cincuenta nuevas galeras, de las cuales diez habían sido costeadas por otro Signor Cantacuzino, llamado Hijo del Diablo Miguel Sheitanoglu. Con esta flota Uluch Ali se mantuvo prudentemente al amparo de los cañones de Modón, hasta que los temporales de otoño pusieron fin a la campaña. La Liga se desintegró, de repente, al tercer año de haberse constituido. Con la mediación de Salomón Ashkenazi, segundo judío que se cruzaba en el camino de Don Juan, Venecia volvió a su política anterior de coexistencia con el turco. Fracasó un tardío alzamiento rumano. Tampoco tuvo mejor éxito una acción común hispano-rumana, intentada un cuarto de siglo más tarde.

Era la divisa de Don Juan: «Quien no adelanta, retorna». Arrió de sus naves la bandera de la Liga, izó la de España, y, siguiendo las huellas de su padre, entró en Túnez y Bizerta. Era su segundo sueño, crear un reino africano hasta los Santos Lugares con el apoyo de la Santa Sede. Regresó luego a Nápoles ya que «la gentileza de la tierra y de las damas agradaba a su gallarda edad», según las elegantes frases de Cabrera de Córdoba. ¿Debióse a ello el que Uluch Ali reconquistase Túnez al poco tiempo y que del segundo gran proyecto de Don Juan no quedasen más que los nombres de Austria, dados a una bahía siciliana y a un rey árabe de Túnez? Circularon por entonces unos disticos irónicos: «Don Juan con la raqueta y Granvella con la braqueta perdieron la Goletta». Afirma asimismo Cabrera de Córdoba, que «poco gusto tenía el Cardenal en ayudar a Don Juan, siendo envidioso de los favores de Marte y Venus».

No debemos olvidar que su escuadra se hallaba —según una de sus cartas a Granvella— «sin un solo real y con muchos centenares de du-



Don Juan de Austria. — Cuadro de Sánchez Coello
en el Museo del Prado

cados de deudas», que don Diego de Mendoza escribía al rey que «muchas empresas juntas no son vianda de principes de poco dinero, por grandes que sean» y que, además, don Juan debía de obedecer la orden del rey, y pacificar los levantamientos de Génova, atizados por los franceses.

Cuando el rey le entregó el mando de Flandes abrigaba un tercero y más grande sueño: Liberar a María Estuardo, casarse con ella y reunir las coronas de Escocia, Inglaterra y de Irlanda oprimida y asegurar con ello la primacía española en los Países Bajos. El rey hubiera preferido que su inquieto hermano pacificase las provincias rebeldes valiéndose de medios suaves, pero, como observa Ranke, — con justa razón—ello no era tarea propia de un joven y —añadimos— menos aún de don Juan, quien solía decir: «No quiero ser político, yo soy capitán». Mandó hacer su tercera bandera en cuya inscripción se decía que vencerá a los herejes, como antes había vencido a moros y turcos. Si hubiera obedecido la orden de ir a posesionarse inmediatamente de su nuevo cargo, habríanse evitado lamentables sucesos, cual el saqueo de Amberes. Pero se dirigió inesperadamente al Escorial, para convencer al rey de sus proyectos. Cuando cruzó, disfrazado, la Francia hostil, recorriendo a caballo 800 leguas en 8 días, la situación en Flandes era casi desesperada.

Y así, siete años después de Lepanto, se cumple el destino de su héroe. En el horizonte de Gembloux aparecieron lanzas enemigas, en gran número, pero en aparente desorden, y los españoles ganaron la última batalla de don Juan, quien se había decidido a vencer o a morir. Había enviado a Madrid a su fiel secretario Escobedo, en cuya mansión de Colindres, (cerca de Laredo), había de morir su madre. (Un barrio del pueblecito de Ambrosero, llamado de Madam, mantiene su último recuerdo). Antonio Pérez había sembrado cierta desconfianza entre don Juan y el Rey. El trágico fin de Escobedo entristeció profundamente los últimos días de don Juan, el cual se contagió visitando a los soldados enfermos. Dijo, sin amargura, que su testamento era fácil, porque jamás había poseído una pulgada de tierra. Nada pedía, sino el ser enterrado junto a su padre, a lo que el Rey accedió. Mas si don Juan había entrado en Flandes disfrazado, su cadáver tuvo que ser descuartizado para poderlo traer a España, al tan lejano Escorial.

El año en que murió don Juan, murieron también otros protagonistas de Lepanto, de ambos bandos, como Veniero, Shaitanoglu, Mehmed Socuolli y marcó el final de la constelación que había figurado en la cruzada, pues Sebastián de Portugal, cayó asimismo en Alcazarquivir, obligando el problema de Portugal al rey Felipe a pactar una tre

gua con el turco. A partir de entonces la impetuosidad de Don Juan pareció haber pasado a Don Felipe, que se libró de su perfumado secretario y de la enérgica tuerta, la Eboli. Concuerdan los historiadores en afirmar que, en esta última fase de su vida, abrigó sus mayores planes, desde la unión hispano-lusa hasta las tres armadas contra Inglaterra, la mayor de las cuales iba mandada por el espíritu y la memoria de Don Juan y por su mejor almirante. Pero María Estuardo, la elegida de Don Juan, había sido decapitada, y con la muerte del marqués de Santa Cruz, decapitada quedó también la Armada, aún más europea que la de Lepanto, una Babel flotante de doce idiomas. A la pregunta de un cardenal, de si iba a vencer, le contestó uno de los capitanes, tal vez Recalde: «Si no nos ayuda Dios con un milagro, los ingleses, más rápidos, más móviles, con más artillería y municiones, pueden evitar las luchas de a bordo y con ello anular el ímpetu de nuestra valentía y hacernos pedazos. Y así ponemos vela hacia Inglaterra esperando un milagro».

LEPANTO EN LAS ARTES

Nos queda, no obstante, la gloria moral, cultural y religiosas de Lepanto. No queremos insistir acerca de la cantidad abrumadora de relatos inmediatos, que más se preocupan del soldado malagués que cortó la cabeza de Ali Bajá o de la llamada «bailadora» que mató a turcos con arcabuz y cachillo, sin mencionar a Cervantes, soldado desconocido del mismo Tercio. Tampoco insistimo sobre la inmensa producción poética italiana—una de estas obras consta de 20.000 versos,—ni sobre algunas relaciones clásicas castellanas, citadas por Pastor y bien conocidas. En el campo del arte, el impulso ha sido dado por italianos, pero, gracias al culto del Rosario y de la Virgen de la Victoria, la herencia estética de Lepanto se manifiesta también en países del mar y aún en ultramar.

La estatua en bronce de Don Juan que se encuentra hoy en la Piazza Annunciata de Messina, es obra del maestro Calamech (1573). Don Juan viste el traje de la Infantería española. Aunque en verdad había lamentado la caída de Ali Bajá y dado la libertad de sus hijos, tiene el pie sobre la cabeza de su adversario. Un arnés de gala, perteneciente a don Juan obra milanese, hoy día en Viena, adaptable para los torneos a pie, procede del castillo tirolés de Ambras, donde el archiduque Fernando coleccionó arneses de héroes y cuya sala principal es la Sala Española. Este arnés magnífico es obra milanese, probablemente del mismo origen que su espada, que se cree de estilo castellano por la

sencillez de la empuñadura. Un puñal del mismo tipo desapareció durante la exposición universal de París de 1867. Entre las conmemoraciones artísticas italianas de los capitanes de don Juan mencionemos la de Marcantonio Colonna, almirante de la escuadra pontificia, hijo de la española Juana de Aragón y Jefe de la gente del mar que, en la campaña africana del emperador, entró en la Goletta. Un relieve de la tumba de Pío V, ejecutado por Nicolás Mostaert. súbdito de Felipe II, muestra el momento histórico de la presentación de la bandera de la Liga. En el «Osservatore romano» del 26 de Agosto de 1971 se reprodujo un fresco de Gianandrea Doria, almirante del rey, en la iglesia genovesa de Santa Catalina. Como curiosidad resaltamos los bizarros «monstruos de Bomarzo», obras de arte ejecutados en el Viterbese por prisioneros turcos de Lepanto, según orden del Condottiere Paolo Giordano Orsini, participante en la batalla.

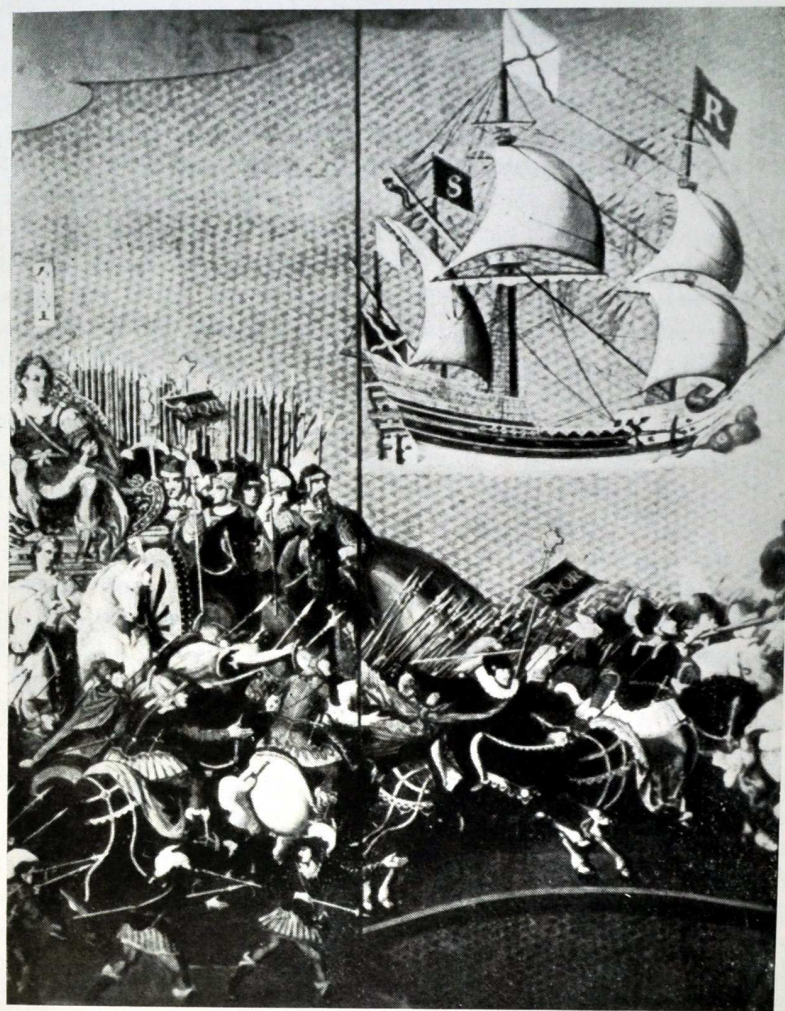
Los cuadros contemporáneos de los venecianos interesan por la presentación, técnicamente perfecta, de las galeras; así el cobre de Fernando Bertelli, hoy en el museo naval de Venecia, que designa la batalla—correctamente—como la victoria vecina de los Curzulares. En cambio, la figura de don Juan no tiene semanza fidedigna. Una interpretación alegórica, por Nicolo Nelli, en el mismo museo, no alude a don Juan; el Papa, ayudado por el rey de España y por el Dux, cogen en una red la flota enemiga entera. Otra interpretación alegórica, la de Ticiano, marchó en 1575 hacia España; el maestro, ya anciano, que no conoció a don Felipe, se inspiró en un retrato del realizado por Coello. Por desgracia, la composición artística fue alterada en 1625, añadiendo la figura agigantada de un prisionero turco.

Entre las representaciones conmemorativas de la batalla, después de la muerte de don Juan, interesan algunas suizas, resaltadas en la revista «DU» (Zurich 1962). En 1582, Pompeyo de la Cruz, embajador del rey, dedicó a la iglesia de Wettingen dos ventanales ejecutadas por el pintor suizo Pedro Bock de Zurich. Representan, una, la Batalla de Lepanto; la otra, la entrada de don Felipe en Lisboa. En una pintura al fresco de la iglesia suiza de Pregassonno figura don Juan, sino el rey y el Duque, mientras la Virgen y los ángeles bombardean a los infieles. Un cuadro, realizado en tiempos de Felipe IV, en otra iglesia suiza, la de Lugnez, por Giovanni Bautista Masolino, muestra, al lado de Santa Maria Asunta, en el valle suizo de Calanca, fechado en 1649 interesa por la reaparición de don Juan, en la proa de su «real», ante un relicario. Opinamos que esta reaparición del héroe se explica por el hecho de que el segundo don Juan de Austria, hijo de Felipe IV, tenía ya mando militar en Italia.

En otros países no menos alejados del mar, como Suiza, que al menos había participado con algunos soldados pontificios en la batalla, la conmemoración fue obra también de la Compañía de Jesús y de los Caballeros de San Juan, especialmente los estados hereditarios de los Austrias. Así, en la ciudad de Iglau, en Bohemia, se llevó a las tablas una pieza dramática jesuita, «Don Juan y la Batalla de Lepanto» (1635), mientras que en la iglesia conventual de los caballeros de San Juan, en Praga, un cuadro conmemorativo, obra del pintor Carlos Skreta, glorifica los méritos militares de la orden de Malta (1651). Lo mismo pasó en la iglesia parroquial de Cavalese, próxima a Trento pintada en tiempo del segundo sitio de Viena (1683) por el pintor local Furnales. Nos referimos a recientes publicaciones en los «Annales de l'ordre souverain militaire de Malta», especialmente a las de su consejero histórico, el «Grand Croix de Grâce Magistrale» DDr. A. C. Breycha-Vauthier de Baillanot, Embajador y Director de la Academia de Diplomáticos de Viena.

En la Baviera Católica, poco antes de morir el segundo Don Juan de Austria, la congregación del Rosario de Ingolstadt, en cuya universidad la Compañía de Jesús ejerció influencia notable, encargó (1679) una custodia preciosa de un metro de altura que nos ofrece 18 escenas de la batalla. Vemos a Don Juan en su «Real», al lado de dos personas que no participaron en la batalla, el Dux veneciano y el Duque Alberto de Baviera, el último quizás por sus méritos culturales hacia la causa católica. Esta custodia magnífica, obra de Juan Zeckl, cuya familia procedía de Moravia, no se terminó hasta treinta años después de la ocupación austriaca de Baviera en 1708. Los 30 años que duró esta obra, por motivo de la guerra de sucesión española, están simbolizados por treinta ángeles. Probablemente en relación con la liberación de Viena del peligro turco y de la canonización del Papa de Lepanto, (1712), un abate procedente de Salzburgo encargó para la iglesia bávara de Irsee un grandioso púlpito en forma de nave (1725), decorado con el estandarte azul del sol, San Miguel y ángeles. Por todo el largo tiempo que viviera el último de los Austrias de España, el «rey de los Catalanes y de Mallorca», Carlos, y que gobernó el Santo Imperio de 1711 a 1740, el recuerdo de Lepanto quedó vivo; así en la ciudad bávara de Prien, lugar de la Congregación del Rosario, el pintor Juan Bautista Zimmermann, realizó en 1738 para la Iglesia de la Asunción un cuadro conmemorativo de la batalla, en dimensiones gigantescas, (200 metros cuadrados); figura también don Juan, al lado de sus capitanes, de turcos presos y de cautivos cristianos liberados.

En ultramar, la fuerza impulsora de la gloria de Lepanto y de don



Curiosa composición de la Batalla de Lepanto que figura en un biombo japonés que se conserva en Kobe. Siglo XVI.

(Foto facilitada por el autor de este trabajo)

Juan de Austria, ha sido España. La fundación de las «villas del castillo de Austria» centroamericanas, Costa Rica, (1560) se explica, quizás, no sólo como expresión del Austriacismo, sino también como alusión a la legitimación de Don Juan. Se ha dicho que don Felipe preparó la Armada Invencible contra Inglaterra en memoria de Don Juan, después del fracaso de ésta, el rey ordenó las fortificaciones de la Habana, Puerto Rico y Porto Bello contra los piratas ingleses, obra defensiva caracterizada simbólicamente por tres «baluartes de Austria» y por el envío de una gran pieza de artillería turca a Puerto Rico. No faltaron estandartes de Lepanto en la villa imperial de Potosí. No es de extrañar, pues, que en esta época aparecieran en el lejano Japón cuadros que, en un estilo mixto euro-japonés, exaltaban la gloria de Lepanto. Han sido reproducidos en la ya mencionada revista «DU» en 1962. Las carabelas del fondo demuestran que los pintores japoneses cristianos conocían bien este tipo de navío y que se referían a carabelas españolas, precisamente porque ostentaban la cruz de San Andrés. Pero, en cambio, los artistas japoneses desconocían la batalla tal cual fue, por lo que la presentaron como una lucha terrestre contra elefantes. El joven héroe rubio, en un carro de combate o de triunfo, al que una inscripción japonesa denomina «rey de Roma», no es don Juan, sino el rey don Felipe II. Otra representación japonesa introduce, al lado de los reyes de Europa, un escudo, donde figuran ya los símbolos de Portugal, así que la obra habrá que situarla posterior al 1581. Ya en 1584 embajadores japoneses asistieron en Toledo a la celebración de Lepanto. Estas representaciones japonesas demuestran admirablemente el universalismo español de aquellos tiempos, cuando según los poetas, el mundo era una selva de lanzas españolas, no había pedazo de tierra sin tumba española y el sol no se ponía en los dominios de la monarquía hispana.

Por último, una breve referencia al tema «Lepanto hoy día», según sermones y conferencias de Graber, actual obispo de Ratisbona, que, en este año de conmemoración de la batalla, alude al hecho del nacimiento de Don Juan en esta ciudad y evocó unas palabras pronunciadas por Donoso Cortés en 1858. El obispo alemán, después de constatar que, hoy día, se suele exaltar la futurología, mientras se olvida la historia, declaró que no pretendía establecer el abusado paralelismo entre turcos y Este comunista, - paralelismo preferido por políticos-, sino mencionar el hecho de que un adversario mucho más peligroso se había infiltrado en la Iglesia de nuestros días, peligro profetizado ya por Donoso Cortés. Este gran visionario español había observado, que, cuanto menos se hablaba del diablo, tanto más crecía su poder, que los comunistas negaban el valor y la libertad humana, que querían destruir

las familias, las clases sociales y naciones con el mortero de la revolución, por lo que no quedaba más que el dios omnipotente y orgulloso de la igualdad, el dios soberbio de Lucifer. Desde la era del racionalismo la ofensiva luciferina se dirige contra tres bastiones de la Iglesia: la Virgen, el primado del Papa y la Eucaristía. Empezó esta campaña luciferina con la pretensión de no ensombrecer a Cristo con la exaltación de la Virgen, continuó con la demagógica exigencia de reducir la omnipotencia papal por el sistema de colegialidad «democrática», a base de un «Secretariado general de los sinodos» y culminó con la secularización de la Eucaristía, reduciéndola a la simple consumación del pan —aunque San Pablo había dicho, que debe diferenciarse el Cuerpo del Señor del pan—. Así, según las palabras de Donoso Cortés, debería triunfar un colectivismo impersonal, en realidad, el diablo.

Pero el obispo de Ratisbona concluye su tema «Lepanto hoy día» con la visión grandiosa que tuviera San Juan Bosco: Una flota cristiana con una nave capitana bajo el mando del Papa y que es amenazada por una flota enemiga superior. Sucumbe el Papa en la lucha, pero su sucesor dirige la capitana al lado de dos columnas místicas, erigidas en el mar, coronadas respectivamente por la Virgen y por el símbolo de la Eucaristía; desde este momento queda vencida la flota enemiga del cristianismo. El sueño de San Juan Bosco culmina con esta victoria de la fe.



La FANTASIA o la ISLA de SAN BORONDON

Por el Doctor
Juan PABLOS ABRIL

TENIA que ser en el Atlántico, el mar del Descubrimiento que tanto empina a España, como vale para América, donde la fantasía —locura de verdad quijotesca— señaló la isla de San Borondón y las naves fueron a buscarla trayéndose las manos vacías.

Ese Atlántico canario y español del que Tomás Morales, en su «Oda» hubo de cantar...

... Concreción de olimpica sonrisa;
vaso maravilloso de tabazón sonora.
pájaro de alas blancas para vencer la brisa
amor de las estrellas y orgullo de la aurora.

Y antes de que el barco de la fantasía navegue por el horizonte infinito del mar y de la historia, una rúbrica de afecto y amistad, enviando estas líneas al gran amigo, reverendo padre D. José Cervantes, canónigo doctoral de la Santa Iglesia Catedral Nivariense.

¡Qué buena lección nos da y que no se nos olvide hoy, al andar entre nubes vaporosas de la fantasía! ¡Voltaire en el «Destino»!... ¡Qué de peligros corre quien a su balcón se asoma!... Pero es tan bello navegar en el gran barco del idealismo que no queremos —como decía Rousseau— quitar de los corazones el amor por lo bello,